

# Racismo en la cúpula del poder

Juan Juan Almeida

Escritor

Cubano. Residente en Estados Unidos

**S**i escuchamos que un tipo armado con un fusil le disparó a una persona a 20 metros de distancia, pensaríamos que se ha cometido un gran crimen; pero si luego alguien nos aclara que el del fusil formaba parte de un pelotón de fusilamiento, ¿seguiríamos pensando igual?

Para juzgar, hay que escuchar. Mi padre fue uno de los más emblemáticos hombres de “La Revolución” cubana. El 26 de julio de 1953 participó en el ataque al Moncada y cumplió junto a Fidel Castro un breve presidio político en la antigua Isla de Pinos, fue amnistiado por el entonces presidente, dictador Fulgencio Batista; vivió exiliado en México, fue expedicionario del yate *Granma*, desembarcó por playa Las Coloradas y subió a La Sierra Maestra. Llegó a tener a su mando las tropas del Tercer Frente Oriental, bajó siendo comandante y hasta el último día de su vida fue uno de los vicepresidentes de La República de Cuba. Quién pudiera imaginar que, entre otras razones, con semejante historial su propia condición racial lo obligó a jugar el papel de figura de relevancia por negro y de víctima discriminada, por negro.

Sé muy bien quién fue mi padre. Mi idea no es alimentar resentimientos ni frustraciones, sino descubrir el racismo y la discriminación racial que, como ideología, domina los pasillos de un gobierno que se autodefine humanitario y revolucionario. Eso sí, aseguro que hurgar en la historia sin apasionamientos resulta impactante y revelador: es como caer desde lo más alto del cielo sin paracaídas y reventarse contra el suelo.

Juan José Almeida Bosque nació en La Habana. Y porque los negros en Cuba siempre han sido segregados, primero a los barracones y luego a guetos marginales; no se crió en un reparto, sino en el barrio pobre y periférico de Poey, donde imponerse no es franquicia exclusiva de pandilleros. También muchos desclasados aspiran solo a sobrevivir.

Las personas somos el reflejo de todo lo que nos rodea. La religión yoruba fue importante en el entorno natural de mi padre. A los nueve años de edad, entre santeros y babalawos, yubonas y toques batá, atado a una palma real recibió el santo Agayú, que representa la fuerza del mundo y es el padre de Changó. Una especie genéticamente creada para un clima de dolor; claro, los humanos no

somos *orishas* y una innata vocación musical marcó la grieta en su coraza.

Ante mi padre es mucha la cercanía y demasiada la pasión: perdería objetividad. Del Moncada a La Sierra e incluso el periodo de pre y post efervescencia revolucionaria, se han contado un montón de relatos, historias, y cuentos; no así del Presidio Modelo en Isla de Pinos. Estando encerrado el ser humano reflexiona y deja salir sus más recónditos fantasmas. Por eso el racismo se impuso allí hasta el punto de marcar la diferencia. Durante el tiempo en prisión, los sancionados por asaltar un cuartel tenían sus visitas. Los familiares de los reos blancos, por sugerencia de Fidel, comentario de Raúl y beneplácito de Jesús Montané, pernoctaban en casa de este último, en Nueva Gerona; mientras que los familiares de los convictos negros dormían como cucarachas sobre los bancos o en el suelo de la iglesia, donde oficiaba el honorable padre Guillermo Sardiñas.

En la fragua de un combate no hay colores: solo enemigos, amigos o aliados; pero cuando no hay disparos, las cosas toman su nivel. La pregunta lógica es por qué esos negros, ya conscientes, deciden continuar formando parte de una tropa de racistas. Parece difícil contestar, pero la respuesta es fácil: las ideas se convierten en ideales; porque el sueño era cambiar, porque a veces no se tiene idea exacta de hacia dónde conduce el camino que decidimos andar. La lealtad se suma al discurso político que, como regla general, manipula y enfatiza la retórica de culpar antes que la estrategia para solucionar.

Cada vez que miro hacia atrás, recuerdo a un ser amado, que un día me hizo prometer que no sería igual que él. Pero esa es otra historia. Se me hace injusto omitir que para muchos, los nombramientos no han sido más que castigos.